

Historia y sociología de
Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia
de Roberto Carri

Leandro Sebastián López y Martín Albornoz
IDAES-UNSAM, Argentina

En 2015, la Biblioteca Nacional de la República Argentina edita, en dos tomos, la obra completa de Roberto Carri¹. Entre los textos publicados, ocupa un lugar central *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* (1968)², un texto de referencia de la obra del sociólogo argentino detenido-desaparecido durante la última dictadura militar acaecida entre 1976 y 1983.

Se desarrollan a continuación algunas líneas que recuperan sus contenidos en contexto, a partir de la exploración del texto en clave disciplinaria, y las fronteras entre el ámbito académico y el político local. En la primera sección, se analizan

¹ Roberto Carri nació en 1940 en Buenos Aires y fue secuestrado el 24 de febrero de 1977. Egresado de la carrera de Sociología de la UBA, era docente en esa casa de estudios, en la Universidad del Salvador y en la Universidad de Mar del Plata. Formó parte de las Cátedras Nacionales y del grupo que editó la revista *Antropología del Tercer Mundo* (1968-1973). Era integrante de Montoneros. Para más información, ver Horacio TARCUS, dir., *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda»*, Buenos Aires, EMECÉ, 2007, p. 120-121.

² La versión original del libro aparecida en 1968 (Buenos Aires, editorial Sudestada), movilizó fuertes debates al interior de la militancia peronista y así se la recuerda actualmente por aquellos que participaron en organizaciones políticas a fines del sesenta y en los setenta. En 2001, bajo un clima político y económico crítico pero en democracia, se realiza una reedición a cargo de Horacio González desde la editorial Colihue (Colección Puñaladas, Ensayos de punta). En 2015, como Director de la Biblioteca Nacional emprende la publicación de las obras completas. Actualmente el aula magna de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires lleva en homenaje su nombre.

argumentaciones y desarrollos desde la historiografía, y en la segunda, al interior del campo sociológico recientemente institucionalizado en el país sudamericano. En ambos ejes, se seleccionaron debates que desde el pensamiento nacional se erigen directa e indirectamente ante autores y corrientes globales.

I.

El libro de Roberto Carri sobre la experiencia de dos «delincuentes» populares «apoyados por las masas rurales» se revela importante para los estudios históricos en al menos dos sentidos. El primero se relaciona con la forma en la que interpreta el devenir histórico del área en la cual se desplegó el drama de Isidro Velázquez, el protagonista principal, forma que se cifra bajo las coordenadas del revisionismo histórico y, más específicamente, de la imaginación histórica de la izquierda nacional de finales de la década del sesenta y principios de la década del setenta, cuyas figuras principales fueron los abogados Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña³. Para ambos autores, en los cuales Carri se referencia varias veces a lo largo del texto, la investigación histórica es concebida como inescindible de la praxis política, puntualmente con la liberación nacional. De esta manera, la configuración histórica de la región chaqueña en *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* es pensada como una suerte de eslabonamiento rígido y continuado en la implantación del colonialismo y la dependencia que hundiría sus raíces en el siglo XIX. Como sostiene el propio Carri en varias ocasiones, el rasgo principal de la dominación colonial al interior del nordeste argentino sería la violencia: «la historia de la provincia del Chaco y en general de toda la región, desde Vera a Reconquista, en la provincia de Santa Fe hasta el río

³ Al respecto, ver Fernando DEVOTO, «Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina», en F. DEVOTO y Nora PAGANO, ed., *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 107-131 y, de los mismos autores, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, p. 323-330; Omar ACHA, «La imaginación de la historia en la izquierda peronista», in *Historia crítica de la historiografía argentina*, vol. I, *Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 301-339.

Pilcomayo, es una historia cargada de violencia»⁴. Bajo este signo tuvo lugar la llegada de los colonos a partir de 1880, la explotación de la riqueza forestal, principalmente el quebracho nativo, la sumisión de la población indígena, ya en la de 1920 la aparición de las plantaciones de algodón y las relaciones laborales en general, entre otros fenómenos determinantes de las condiciones de su población al momento de las experiencias y efectos simbólicos recopilados en 1968. Por otra parte, abrevando en las categorías más difundidas y discutidas del análisis histórico-social marxista, el autor sostiene que sobre esa evolución económica se formó una superestructura burocrática que garantizó, a fin de cuentas, la perpetuación de la violencia como elemento principal de las relaciones sociales posteriores: «el sistema imperante alcanza sólo por la fuerza y en su continuo ejercicio legitimidad».⁵ En ese escenario de perpetua y previsible agresión, lo único imprevisible es la revuelta, la insurrección y la negación violenta del orden de cosas. Es frente a ese cuadro general, tomando una idea de inspiración fanoniana según la cual la violencia contra el opresor es de por sí un acto de emancipación política, social y subjetiva⁶ que el raid de Isidro Velázquez y Vicente Gauna implica un gesto de ruptura y desborde con respecto a la alienante y rígida realidad colonial que la historia habría asignado a la región. La rebeldía, que incluye a la violencia como manifestación, en ese cuadro es una forma social de resistencia que emerge espasmódica.

Si esta manera de comprender el sentido de la historia y su significación resulta, cuarenta y ocho años más tarde de su primera edición, como un tanto

⁴ Roberto CARRI, *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* (1968), *Obras completas*, vol. I, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015, p. 289.

⁵ *Ibid.*, p. 294.

⁶ Frantz FANON, *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 30-87. La influencia del libro de Fanon, publicado en castellano en 1961, es una constante que impregna todo el análisis de Roberto Carri sobre el territorio chaqueño y la emergencia de la figura de Isidro Velázquez y no sólo se vislumbra en relación a la violencia. A la hora de valorar el estado «moral» y subjetivo de las masas populares en el Chaco, el autor parafrasea literalmente la interpretación que hace Fanon sobre el mismo asunto, pero en referencia a la situación argelina. Al respecto, puede leerse en *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*: «[...] El argumento religioso es otro instrumento eficaz de dominación en las áreas rurales chaqueñas. El mito y la magia son una superestructura que impregna a la sociedad autóctona, promueven el fatalismo del indígena y el criollo [...]», p. 294.

previsible y contenido dentro de los firmes marcos ideológico-políticos de su tiempo, hay otra forma de lectura, quizás exploratoria, que puede resultar más productiva. La misma surge del interés cruzado por rastrear la recepción en la obra de ciertas lecturas propias de la renovación del campo historiográfico en la década del sesenta — particularmente de ciertas vetas de la historiografía marxista británica — y de la detección de una serie de problemas vinculados con las formas de acción y sensibilidad popular que formaron parte de la llamada historia social. Es clave, en este sentido, la apropiación crítica y creativa que desarrolló Carri de la obra de Eric Hobsbawm *Rebeldes Primitivos*, aparecida en inglés en el año 1959 y traducida al castellano, por la editorial Ariel de España, en 1968. Es por esa apropiación que, para el historiador Raúl Fradkin, referente argentino en los estudios sobre la conformación del mundo popular y sus actores, el escrito al que aquí hacemos referencia debería situarse como pionero en su campo⁷. Por otra parte, siguiendo el múltiple y sinuoso derrotero de la influencia de la obra de Hobsbawm que llevaron a cabo historiadores y sociólogos en Argentina, Hilda Sábado también le reconoce un papel importante a *Isidro Velázquez*. La historiadora, que, sin embargo, aclara que esa apropiación del texto de *Rebeldes Primitivos* tuvo efectos limitados en la historiografía local, también resalta que «la forma en la que Hobsbawm analiza allí a los sectores subalternos y sus luchas sociales no dejaría de influir en los estudios sobre el pasado de los trabajadores argentinos»⁸. Es en una línea similar entonces que creemos que el texto de Carri puede resultar revelador para los historiadores del presente.

A partir de un conjunto heterogéneo de fuentes, huellas y registros documentales — que van desde la prensa e informes oficiales pasando por entrevistas con testigos, intercambios con colegas hasta cancioneros populares — existe en Carri un interés por recuperar los componentes pasionales y subjetivos que conforman la

⁷ Raúl FRADKIN, *¿El pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 22.

⁸ Hilda SÁBADO, «Hobsbawm y nuestro pasado», *Punto de Vista. Revista de cultura*, n° 46, agosto de 1993, p. 15.

sensibilidad de los sectores populares del llamado interior argentino. Donde el «sistema», definido como la totalidad social imperante en el Gran Chaco cuyas marcas principales, se ha visto, serían el terror permanente sobre los sujetos subalternos, la sobrexplotación del campesinado, la presencia del colonialismo como vertebradora de todas las interacciones sociales, la desigual distribución del acceso a la tierra, entre otras ve irracionalidad y salvajismo, Carri se preocupa por comprender los mecanismos de identificación y adhesión que la figura de Isidro Velázquez genera en el pueblo. Para Carri, no se trata de señalar en qué medida la acción política popular se acerca o se aleja de parámetros preestablecidos como podrían serlo un partido, la acción gremial, un programa o un movimiento articulado sino de comprenderla en su devenir partiendo de una situación concreta. Esto supone releer a contrapelo la historia de explotación y de depredación del Chaco a partir de un tipo de aproximación que, más que considerar como episódico el fenómeno del bandolerismo social, lo interprete como parte de una tradición de resistencia. En palabras del propio Carri: «esta protesta se inserta en la tradición popular de lucha, forman parte de la cultura autónoma del pueblo y deben ser tomadas muy seriamente por los que quieren transformar el sentido de las cosas»⁹.

En ese sentido, también se interroga por las zonas de politización de la acción popular allí donde, por lo general, se han visto conductas espasmódicas. Esta apuesta supone desbordar el mero formalismo academicista. En sus palabras, «[...] la única manera de no caer en el formalismo teórico es poner en primer plano la acción política [...]».¹⁰ Por ese lado viene la crítica más fuerte al planteo de Hobsbawm: tiene que ver con la caracterización que el historiador inglés hace de la eventual dimensión pre-política de la acción de los bandoleros. La distinción resultaría de una concepción formalista. En todo caso, sostiene Carri, la división no es tanto entre política y pre-política, sino más bien entre política revolucionaria o

⁹ R. CARRI, *Isidro Velázquez...*, *op. cit.*, p. 338.

¹⁰ *Ibid.*, p. 343.

una contrarrevolucionaria, entre manifestaciones organizadas o espontáneas. Tampoco resultaría pertinente la noción de eficacia que permitiría a Hobsbawm sostener que las rebeliones del pasado eran inferiores a las del presente. Sin embargo, su obra merece un lugar fundamental en la agenda de investigación en la medida que sitúa las prácticas de rebelión popular en un contexto de luchas de clase. Dicho más claramente:

[...] Debemos dejar aclarado que para Hobsbawm y sus discípulos los bandoleros sociales son expresión de la lucha de clases y deben ser seriamente considerados por los investigadores del tercer mundo [...]¹¹.

II.

Como señalamos más arriba, el texto de Carri evoca las disputas políticas en la Argentina de fines de 1960 y de la década del 70. *Isidoro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* se inscribe explícitamente en la elaboración de una «ciencia al servicio de la liberación nacional»¹², y ajustada a la doctrina peronista. Sin embargo, y más allá de los fines políticos que debe tener para el autor el conocimiento de la realidad social, no deja librada al azar la disputa sobre el rol del sociólogo en el emergente campo disciplinario nacional. Lo que nos interesa en este apartado es explorar la remisión que igualmente procura Carri a la ciencia social como recurso iluminador.

La distinción entre ciencia y política es tenue, el conocimiento y la praxis deben ir de la mano, el marxismo es pie importante para ese principio epistemológico general pero no el único. Su obra refleja posiciones sobre la intervención política de la sociología hoy olvidadas en el mundo académico¹³. El estudio de los

¹¹ *Ibid.*, p. 342.

¹² Roberto CARRI, *El formalismo en las ciencias sociales. Segunda parte* (1969), in *Obras completas*, vol. 2, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015, p. 89.

¹³ De alguna manera, esa tensión, aunque más liviana, es revivida durante los últimos años del gobierno de Cristina Kirchner en arenas políticas y mediáticas en torno al rol del intelectual y el

fenómenos sociales no puede abstraerse de la lucha política, y desde esa máxima interviene en el campo de la sociología, una forma reproductiva de saber. En una época convulsionada, el autor de *Sindicalismo y poder en la Argentina* (1967) retoma la tradición ensayística argentina comprometida con el peronismo, la liberación nacional, el anti-imperialismo latinoamericano y contra el capitalismo monopólico¹⁴; pero no deja sin disputar el carácter científico del conocimiento a favor de los desposeídos.

Las referencias explícitas o citas a sociólogos, historiadores, ensayistas, novelistas, filósofos y periodistas señalan un círculo abierto de debate, que no está cerrado estrictamente al disciplinario y local. Eric Hobsbawm, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Helmut Schelsky, Raymond Aron, Frantz Fanon, Andrew G. Frank, Juan Díaz del Moral, Peter Worsley, K. M. Panikkar, Jacques y François Gall, son referencias hacia una discusión y legitimidad del mundo de las ideas de alcance global. Regional y local, aparecen entre los citados algunos autores prominentes, y otros menos conocidos y circunstanciales: Domingo F. Sarmiento, José Mariátegui, Rui Facó, Jorge Álvarez, José Pavlotzky, José Boglich, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Duhalde, Guido Miranda, Gastón Gori, Justino O'Farrell, Oscar Ameri. Las reflexiones y discusiones en torno al segundo grupo, giran sobre los pueblos oprimidos en América, la explotación rural y/o el rol del sociólogo e intelectual en la realidad política argentina.

El adversario académico a denunciar, y el conocimiento científico que procura, es el «sociólogo burocrático», el intelectual que se apoya en la racionalidad científica y las bases positivistas del conocimiento abstrayéndose del contexto histórico social de su pueblo. Allí reside parte de su rechazo a la «sociología

periodismo militante en los destinos del país. En ese marco, corresponde interpretar la segunda reedición del texto — la primera fue en 2001 (Buenos Aires, Ediciones Colihue), en un contexto de protesta y fuerte movilización popular.

¹⁴ R. CARRI, *El formalismo en las ciencias sociales. Segunda parte, op. cit.*, p. 87: «[...] El pensamiento nacionalista argentino es el peronismo; la lucha por la liberación la realiza el pueblo movido por la esperanza en el establecimiento de un régimen popular, el peronismo, y nuestra tarea como científicos es enriquecer una de las armas de esa lucha: la doctrina peronista [...]».

formalista», disciplina que, postulada como técnica, oculta su función legitimadora del orden social y del Estado que lo reproduce. El conocimiento científico formal, Marcuse mediante:

[...] es empirismo acrítico, el fetichismo de los hechos inmutables, la creencia en una legalidad exterior a la producción humana de la naturaleza y la sociedad. Es un conocimiento del mundo ya dado, por un individuo impotente frente a la materialidad «confusa», exterior y coactiva, que limita las posibilidades prácticas del conocer. Hacer conocimiento o hacer ciencia en estos términos no es práctica [...]. No hay integración del conocimiento con la praxis, por tanto no hay conocimiento real [...]¹⁵.

La sociología en Argentina se desarrolla bajo ese nombre desde fines del siglo XIX como cursos en la Facultad de Derecho y en la de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Recién en 1957 se constituye la primera Carrera de sociología de la mano del proyecto institucionalizador liderado por Gino Germani. Entre 1955, luego del golpe de Estado a Perón, y 1966, con el golpe de Estado de Onganía a Illia, se consolidó el programa de «sociología científica» en la Argentina. Al interior de la sociología académica, la dirección de ese plan modernizador se enfrentaba con otro grupo denominado por Germani, inicialmente de manera peyorativa, como «sociología de cátedra», referenciado en Alfredo Poviña de Córdoba¹⁶.

Carri es graduado de la novel carrera de Sociología. Primero como estudiante, y luego como profesor, reacciona a las dos corrientes que considera dominantes en ese período: la «Sociología oficial» y la «Sociología marxista»:

¹⁵ *Id., ibid.*, p. 71-72.

¹⁶ Para indagar más sobre la historia de la sociología en la Argentina, en clave comparada con la experiencia en Brasil, y el rol de Gino Germani en su institucionalización, ver Alejandro BLANCO, Luiz Carlos JACKSON, *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

[...] La Sociología científica en la Argentina recibió este presente de los países imperialistas y continuó por medios más refinados la tarea de enmascaramiento y control que los ideólogos del régimen venían realizando en alianza con la oligarquía. Paso a paso la Sociología argentina se convierte en una de las armas intelectuales del desarrollismo. Es en esta situación que se desenvuelve con espíritu crítico la Sociología marxista. Pero desde el momento en que el marxismo se convierte en Sociología pierde, por un lado, sus contenidos revolucionarios, y por otro, se entronca en la tradición de los marxistas argentinos que siempre enfrentaron al pueblo y a su historia para terminar aliados a la dominación imperial. Desde el punto de vista de la Sociología, el marxismo sociológico se transforma en una perspectiva más dentro del formalismo, y por tanto hace el juego a los desarrollistas de la Sociología oficial convirtiéndose en la oposición legal, en polemistas amistosos de sus colegas no marxistas. Desde la realidad nacional el marxismo sociológico es un juego político al que adhieren diversos sectores intelectuales para continuar «científicamente» con la vieja tarea de combatir todos los movimientos populares del país [...]¹⁷.

Luego de diez años de existencia del Departamento de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y en el marco de la intervención cívico-militar en esa casa de estudios, Carri forma parte de un interesante movimiento político-académico que se conoce como las *Cátedras Nacionales*¹⁸. Allí la búsqueda era recuperar, en el marco de la emergencia del *tercer mundo* ante los dos contrincantes de la guerra fría, autores sudamericanos para

¹⁷ R. CARRI, *El formalismo en las Ciencias Sociales. Segunda parte, op. cit.*, p. 79-80.

¹⁸ Experiencia desarrollada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre 1967 y 1973. Roberto Carri la experimentó entre los 27 y 33 años. Ver Alcira ARGUMEDO, «Roberto Carri», in R. CARRI, *Isidro Velázquez..., op. cit.*, p., 23-29.

elaborar una teoría social que reemplace a la proveniente de los países desarrollados.

Isidoro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia se inscribe en la recuperación de formas sociales concretas, características del pueblo leídas como modalidades de resistencia social y al mismo tiempo rechazo del «formalismo sociológico»:

[...] Cuando la sociología opone tradicionalidad a modernismo está intentando la destrucción de los vínculos comunales y solidarios de las clases populares. De esta manera, cree facilitar el establecimiento de nuevos vínculos burocrático-rationales que fortalecen las relaciones de producción y dependencia imperantes. En nuestros días, por ejemplo, es evidente el intento de romper con el pasado o afirmarse en los aspectos aristocráticos del mismo, como forma de impedir la consolidación de los vínculos histórico-culturales del pueblo [...]¹⁹.

Isidro Velázquez... es una expresión de esa postura desnaturalizadora del supuesto carácter neutral de una sociología legitimada por el capitalismo imperialista. Además del análisis de la relevancia popular de Isidro Velázquez y Vicente Gauna, el texto es un ejercicio de ciencia social crítica que enfrenta el uso de conceptos del sentido común y a una «sociología empirista» que naturaliza la dominación de los pueblos.

La noción «bandoleros sociales» es considerada una categoría reproductiva de un conjunto de experiencias que confunden, no iluminan y que, finalmente, «no sirve para definir el problema». Carri rechaza la abstracción científica de la disciplina en los años sesenta, su distancia de los problemas reales del pueblo, y la hegemonía del estructural-funcionalismo como modelo teórico a aplicar por la sociología canónica. La alternativa es profundizar el estudio de formas sociales históricas que se dan en las propias comunidades y especialmente las clases populares para resistir

¹⁹ R. CARRI, *El formalismo en las Ciencias Sociales. Primera parte, op. cit.*, p. 73.

las distintas oleadas y modalidades que asume el imperialismo. Velázquez y Gauna son «rebeldes sociales» no «bandoleros sociales». Para el autor argentino, la sociología científica financiada desde el norte del mundo, iguala diferentes actores bajo el mismo término, señala esas «bombas por explotar», con el objeto de reformar la «barbarie» desde la «civilización»²⁰.

Bajo el marco descripto con anterioridad, se analiza la rebeldía de los dos protagonistas teniendo en cuenta las acciones desarrolladas por ambos hasta la muerte, el primero de diciembre de 1967, y el carácter mítico posterior de Velázquez para el pueblo chaqueño. Permanentemente se articulan relatos de las experiencias con información de las condiciones socioeconómicas y de la explotación que sufren los trabajadores rurales en la región, especialmente de Quitilipi²¹ y Machagai. Se abordan artículos periodísticos, novelas, rumores, canciones, que permiten entender configuraciones morales comunes.

La inocencia inicial de Velázquez, un trabajador honesto de familia, la violencia policial injustificada en ese hecho, la huida de la cárcel, las humillaciones que reciben las fuerzas de seguridad, la venganza popular y los poderes sobrenaturales del protagonista son parte de la leyenda que es la realidad social e histórica a describir. Esa dimensión simbólica recuperada le permite al autor interpretar, siempre en relación a las condiciones socioeconómicas y políticas de un país dependiente y una región más periférica aún, algo más que las rebeliones espontáneas de las clases populares: la resistencia latente emergente en la moralidad de los profundamente explotados.

²⁰ «[...] Frente a la opresión imperialista se alzan los pueblos que levantan la bandera de la justicia social y la independencia económica. El nacionalismo popular y revolucionario se constituye en una fuerza decisiva de la lucha liberadora, pues encarna las aspiraciones de los oprimidos de Asia, África y América Latina. Es el pueblo en armas de los países del Tercer Mundo quien va a provocar las más profundas derrotas al poder de los monopolios [...]», in R. CARRI, *El formalismo en las Ciencias Sociales. Segunda parte, op. cit.*, p. 86.

²¹ Zona de elevados índices de pobreza. Este año Quitilipi fue noticia de algunos medios de comunicación nacional debido a la alta desnutrición infantil de su población: <http://tn.com.ar/sociedad/un-intendente-chaqueno-elaboro-un-estudio-sobre-100-familias-la-mitad-de-los-chicos-sufren-hambre-6763o8> (consultado el 01/10/2016)

El individualismo del rebelde, aunque arrastraría limitaciones políticas²², no se contrapone al interés común de su pueblo:

[...] Velázquez sustrae bienes al enemigo y los ostenta. En este plano el proceso de identificación con el rebelde adopta un contenido reivindicativo, es un modo ideal de apropiarse los bienes que usan quienes los oprimen. En cierto modo la apropiación individual de riquezas por Velázquez es sentida como una apropiación colectiva [...]²³.

Carri comprende las tramas de solidaridad comunal del «pueblo criollo e indígena» y las considera una interpelación a la civilización progresista, y a la sociología como forma de conocimiento reformador y civilizatorio. Finalizando el texto, pone énfasis en la disciplina, invierte el uso y la carga de «bandolero». Si el objeto de preocupación y la propuesta de los científicos sociales es la asistencia para contener la violencia y la reforma para «desintegrar» la comunidad que informa el bandolerismo social:

[...] Sería mucho más provechoso que los formalistas, en vez de estudiar estos problemas y de desarrollar modelos científicos al día, se dedicaran a investigar las causas y las manifestaciones cotidianas del «bandolerismo sociológico» [...]²⁴.

Consideraciones finales

Releer hoy *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* plantea un desafío cuya importancia implica un esfuerzo de recuperación interdisciplinaria. A lo largo de la reseña hemos intentado recuperar su importancia atendiendo tanto a su contexto de producción –situación de las disciplinas sociológicas e históricas, marcos de referencias epocales– como a sus nudos problemáticos y temáticos. En

²² Como son, por ejemplo, el aislamiento y la falta de organicidad colectiva de la protesta.

²³ R. CARRI, *Isidro Velázquez...*, op. cit., p. 316.

²⁴ *Ibid.*, p. 344.

este sentido, resulta particularmente productiva una aproximación a los problemas políticos, sociales y culturales que en su momento intentó sacudir los límites que la profesionalización y formalización disciplinaria imponían. Por esta razón, el libro de Roberto Carri resulta una oportunidad para volver a repensar las tensiones entre investigación histórico-social y compromiso político, a la vez que ilumina una preocupación por comprender esa misma investigación como un proceso creativo.